

La economía oculta en los Estados Unidos

AMANDO DE MIGUEL*

LOS menos avisados piensan que todo esto de la economía oculta (subterránea, sumergida, o como quiera llamarse) es un asunto menor de los países más simples o «en vías de desarrollo», según la hipócrita terminología oficial. No es así. No se trata de un «mal latino» o de una situación peculiar de las primeras etapas del desarrollo. La mejor prueba es que la preocupación por estos aspectos más «irregulares» de la economía se ha abierto paso en los Estados Unidos. Es un objeto de polémicas sin límite y sin aparente solución, en la medida en que responde a una deficiencia, un exabrupto de la economía regular o sana. La razón no es sólo de curiosidad intelectual por lo exótico, sino porque la misma economía americana resulta ininteligible si se prescinde del plano *underground*. No hay más que repasar las revistas económicas para percatarse de que esa heterodoxa visión es también parte de la realidad. No puede ser de otro modo. *Hay una constante en la historia de los Estados Unidos: realizar, a modo de experimento, lo que soñó la mente utópica de los europeos modernos.* Habrá de saberse que existe, en efecto, una ínsula Barataría en el delta del Mississippi. La realidad de la economía sumergida es, en parte, una consecuencia de la idea de la «mano escondida» de Adam Smith o acaso la plasmación en tosco barro del principio áureo que enuncia Bernard Mandeville en *La fábula de las abejas*: «los vicios particulares fomentan la prosperidad pública» en una suerte de efecto sinérgico o de ley de las compensaciones.

Hay una razón por la que este tipo de economía oculta se presenta con particular detalle en la escena americana: la diversidad. Desde el testimonio de Tocqueville, los Estados Unidos se han organizado buscando precisamente la marca de la diversidad, hasta extremos un poco forzados. No hay coca-cola sin pepsi-cola, ni hertz sin avis, y así en todos los órdenes de la vida social. La economía oculta es la diversidad misma porque acumula todo lo que se sabe de la corriente legal o estadística. Se admiten figuras tan características como la usura «*loan sharking*», el pluriempleo (*moonlighting*), los garitos y apuestas clandestinas (*illegal gambling*), los arreglos caseros (*do-it-yourself*), la sisa comercial (*skimming*), el trabajo fuera de la contabilidad (*work off the books*). La razón principal que explica conductas tan dispares es la de evadir

* 1937, sociólogo y escritor, catedrático de sociología de la Universidad Complutense de Madrid.

impuestos. La racionalización más general resulta circular: «otros lo hacen». En términos comparativos con la situación europea, el conjunto de la economía subterránea aumenta en los Estados Unidos porque en ese país es más rígida la prohibición de ciertas actividades (juegos de azar, prostitución, inmigración ilegal). La misma escala continental de la nación americana permite mil maneras de evadirse de las obligaciones legales. Al tiempo, la relación laboral es más espontánea: no hay un sistema nacional (federal) de seguridad social tan estricto como en los países europeos con mayor tradición de *Welfare State*. En resumen, *la economía americana (no sólo la sociedad) es más puritana que la europea. El Estado interviene menos como sujeto económico, pero moraliza más*. La combinación es, por tanto, particularmente proclive a todas las heterodoxias y marginaciones.

La economía sumergida es tan vieja como la economía. Lo nuevo del asunto es que ahora contrasta con los deseos de transparencia que caracterizan a la democracia de la era de los medios de comunicación masiva. Lo novísimo es que, en virtud de lo anterior, los gobernantes y los expertos se aprestan a medirla. Vano esfuerzo, me apresuro a decir, incluso en una sociedad tan apasionada por la econometría como la americana. La economía oculta es, por definición, lo inconmensurable, que no es lo mismo que presumir que sea lo irreal. Aun contando con todas las cautelas medidoras, el repaso a la profusión de estudios sobre el particular permite afirmar que *la amplitud de la economía sumergida en los Estados Unidos es comparable a la de Italia*, es decir, la máxima conocida de las sociedades complejas. Lo que es más grave: *esta parte escondida crece más del doble que la parte visible o emergida* (Carson 84). Se impone una consecuencia de esta desmesura: las cifras macroeconómicas, digamos, oficiales —como el PNB, las tasas de inflación o de paro— carecen de mucho sentido. ¿Qué se puede esperar de una política económica que trata de apuntar hacia un blanco móvil y proteico? La actual crisis económica, ¿no lo será en parte, más allá de las expectativas temporales, porque se infraestima su verdadera capacidad productiva? Si estas dudas se pronuncian sobre la economía más abultada del orbe capitalista, qué no será de las economías en los márgenes de ese mundo.

Para entender el fenómeno que nos ocupa hay que superar el estilo «economórfico» en el que se suele alojar. Lejos de considerar que la economía oculta es la que es porque se evade de la curiosidad fiscal, sería mejor decir que una realidad tan vieja se nos hace hoy patente porque el Fisco incrementa su voracidad. ¿Por qué? Porque los gastos federales avanzan en progresión geométrica. El «coste imperial» no deja de crecer en sus dos aspectos, información y armamento. Hay otras razones de índole sociológica o política que resultan más sutiles. Por ejemplo, la economía de mercado como ideología se resiste a creer que la familia es una unidad productiva, o que lo es sólo de manera residual, porque eso sería la negación de la división del trabajo. Insisto en lo de ideología porque la realidad va por otro lado. Los hechos siguen siendo obstinados y éste de modo irritante. Se mire como se mire, *la*

**LO NUEVO EN
EL PROBLEMA
DE LA
ECONOMÍA
SUMERGIDA**

**PARA
ENTENDER EL
FENÓMENO**

*institución familiar sigue siendo una colosal máquina productiva, sólo que no siempre en términos monetarios o fiscalmente regulares. Incluso una industria como la construcción de viviendas, que en otros países se introduce con naturalidad en la vía empresarial, en los Estados Unidos sigue descansando muy fundamentalmente en la familia como unidad productora. El fenómeno del *do-it-yourself*, tan americano, no excluye lo de hacerse la casa de uno, trabajando los fines de semana o las vacaciones. Hasta ese punto subsiste el mito fronterizo de la *log cabin*, que se materializa incluso en el diseño. No hay más que ver la persistencia de la casa de madera, aislada, con elementos tan característicos como el porche o la chimenea. No es sólo la ilustración arquitectónica lo que cuenta, sino el mismo diseño de la fábrica social. Resulta que *la sociedad americana es lo menos urbana que puede ser una sociedad compleja*. Si por urbano entendemos también la extrema división del trabajo y la esquizofrénica compartimentación de roles, la paradoja es en los Estados Unidos la increíble supervivencia del *Jack-of-all-trades*, la persona con la más alta plasticidad para representar distintas tareas (Reed 85). Este es el sujeto más típicamente avocado a la sumersión económica.*

**EL
«HAZLO
TU
MISMO»**

Hay que apelar a la historia para explicar la particularidad que apunto. La sociedad americana cobró conciencia de serlo como rechazo de la vieja norma europea que adscribía muchas de las tareas domésticas a los sirvientes. La mentalidad pionera y fronteriza tenía que subrayar el «hazlo tú mismo». El tirón individualista se resuelve en una persistente desconfianza del Estado, incluso en su mínima expresión como es el sistema federal.

Otra de las paradojas de esta economía escondida es que se apoya cada vez más en el trueque y en la transacción en metálico, es decir, *se vuelve a las formas más primitivas de intercambio*. Tampoco hay aquí progreso rectilíneo. Queda lejos la utopía de una relación económica basada en las transferencias electrónicas o en el «dinero de plástico» (tarjetas de crédito o sus equivalentes). Se trata de una profecía ya vieja. Nada menos que se expone en la famosa novela de Edward Bellamy, *Looking Backward, 2000-1887* (que en castellano se tradujo como *El año 2000*). Hay casos, como éste, en los que la sociedad imita al arte, pero *el deseo de que el dinero en metálico fuera a ser sustituido por el «dinero electrónico» no se ha cumplido*. Nunca como en los últimos años ha aumentado tanto en los Estados Unidos la circulación de billetes, los amorosos *greenies*, en proporción al conjunto de transferencias. No sólo eso. La actual crisis económica, junto con la creciente avidez fiscal, han estimulado la transformación de muchos ahorros dinerarios en oro, monedas antiguas, sellos y piezas artísticas, que son para mucha gente un modo de mantener sus activos fuera de la curiosidad fiscal y a salvo de la erosión de la inflación.

Junto a los pagos en metálico está el procedimiento, aún más valetudinario, del trueque (*barter*). El impulso asociativo de los americanos es tal que *actualmente funcionan cientos de clubes, de alcance nacional, dedicados al trueque sistemático* de los más inverosímiles productos y servicios. El orwelliano IRS (Internal Revenue Service o Central de Recaudación) ha ideado ya la manera

de imponer el arbitrio correspondiente a muchos de esos trueques, pero otros nuevos se escapan al apetito fiscal (Greene 82).

El auge de la economía sumergida significa el auge de la economía sin más. Los empresarios han aprendido a mirar con desconfianza las estadísticas oficiales, los índices de esto o lo otro. Son manirás aritméticos que sólo parecen interesar a los periodistas o a los políticos, que los repiten con religiosa unción. Por lo general, *las cifras macroeconómicas infraestiman la realidad*, sobre todo la realidad de los servicios, por su carácter intangible. Este error es muy significativo, pues la economía americana se apoya cada vez más en redes de servicios que se materializan mal en unidades productivas y a veces no muy bien en unidades contables (Lee 85).

La economía oculta tiene su lado más negro (ahora en términos morales) en el hecho de la desigualdad que significa la evasión fiscal. He aquí un nuevo modo de discriminación social que no se reconoce fácilmente. Son cientos de miles de millones de dólares los que los americanos evaden al Fisco todos los años. Lo grave de esa cifra no es, empero, la elefantiasis financiera que revela, sino lo mal repartida que está. No es sólo desigualdad de «oportunidades» lo que indica, sino la desmoralización que supone en una sociedad en la que importan mucho las razones éticas de la vida política, aunque sólo sea en apariencia. En contra de lo que podría parecer, la «ventaja» fiscal de las actividades sumergidas favorece mucho más a las clases pudientes. Hay que precisar que en la complicada representación de la economía sumergida hay también actores más o menos visibles. Así como hay un Off-Broadway, y aun un Off-off-Broadway, en la escena teatral neoyorquina, también en este capítulo de la economía oculta encontramos grados de sombra. Por lo general, la economía sumergida más visible es la que caracteriza a las clases modestas, pero, por definición, es la que supone menos ventaja dineraria y más inconvenientes indirectos (falta de atención médica, por ejemplo).

Aparece aquí el lado menos amable o más perverso de la economía sumergida. Si se sabe que existe este sector oculto y que crece con soltura, aumentará a su vez la tentación para que muchos «honrados contribuyentes» pasen a engrosar las filas de los defraudadores del Fisco. La creencia en un Estado bienhechor es el cemento de la organización federal de los Estados Unidos como nación. Si esa creencia se pervierte, si aumenta la clase de los defraudadores, el contrato social puede peligrar. Este es el costado políticamente más importante del tráfico de drogas, acaso el negocio más rentable y más oculto de todos los que hoy medran en la sociedad americana.

Se han propuesto infinidad de soluciones, más o menos arbitrarias, para acabar con la evasión fiscal en los Estados Unidos. Todas ellas dejan a salvo el esquema del impuesto progresivo sobre la renta y apenas inciden en el fundamento mismo de la economía oculta. *La alternativa que ahora se discute en algunos medios es la de que el Fisco vuelva a reposar sobre el viejo sistema de los impuestos sobre el consumo.* Todos tienen que consumir, también los que se mueven en la economía subálveaz (Murray 86). El problema, una vez más, está en la desigualdad radical que introdu-

**EL LADO
MENOS
AMABLE DE
LA
ECONOMÍA
SUMERGIDA**

ce esta vieja solución de la alcabala. No merece más espacio detenerse en ello. Cabe añadir tan sólo el hecho de que la sociedad americana, por ser compleja y desigual, por tener la historia que tiene, resulta extremadamente sensible al argumento moral de la igualdad. El problema está en saber qué tanto de desigualdad o de incumplimiento legal puede tolerar un país. Más en concreto, ¿podrá subsistir la organización social americana, tal como la conocemos, si se sigue deteriorando la obligación cívica de pagar impuestos? La pregunta anticipa la respuesta de lo que puede ser la crisis verdaderamente grave, no cíclica, de lo que llamamos (o llamábamos) capitalismo. El economista Lester C. Thurow es uno de los apocalípticos. Con él la economía vuelve a ser una ciencia moral. Por eso me he ocupado aquí de ella.

Agradecimientos

Este trabajo se ha beneficiado de la tarea de recopilación realizada por Petra M. Secanella en una institución tan modélica como es la Washington Irving Library de Madrid, representada en este caso por Verle Minner. Mil gracias.

Referencias bibliográficas

Carol S. Carson, «The Underground Economy: An Introduction», *Survey of Current Business* (mayo y julio, 1984).

Aliene Murray, «How to Catch Tax Cheaters», *Fortune* (17 marzo, 1986).

Mike Reed, «An Alternative View of the Underground Economy», *Journal of Economic Issues* (Junio 1985).

Laura Rohmann, «Cashing in on Cashless Swaps», *Forbes* (29 marzo, 1982).

Lester Thurow, «The Dishonest Economy», *The New York Review* (21 noviembre 1985).